

# MONSEÑOR OSCAR ARNULFO ROMERO Y GALDAMEZ, “La voz de los sin voz”

Nuestro boletín desea dedicar el presente número como un homenaje a “Monseñor”, Pastor y Mártir por su pueblo. Estas líneas no son más que un extracto muy resumido de la Introducción al libro: “La Voz de los sin voz”<sup>1</sup>, cuya lectura recomendamos por ser una selección de su palabra viva.

Mons. Oscar Arnulfo Romero y Galdámez, Arzobispo de San Salvador, El Salvador, nació el 15 de agosto de 1917 en el pequeño poblado de Ciudad Barrios, Departamento de San Miguel, y murió asesinado el 24 de marzo de 1980 en San Salvador, cuando celebraba misa y se disponía a presentar ante el altar las ofrendas de pan y vino. Bastó una certera bala, disparada con precisión profesional, para derribar el cuerpo pequeño y nervioso de Monseñor. Una bocanada de sangre final se constituía en la ofrenda definitiva de quien durante sesenta y tres años de vida, pero sobre todo en tres años de servicio arzobispal, había entregado su existencia entera al servicio del pueblo salvadoreño, especialmente de pueblo pobre y oprimido.

Sus antecedentes pastorales hubieran presagiado un tipo de apostolado pacato, espiritualista y puritano, más inclinado a la componenda con los poderosos que a la solidaridad insobornable con los pobres. Esto explica que para el Gobierno del Presidente Molina y para los grupos de presión económica era atractivo promover ante las altas esferas de la curia vaticana su nombramiento como arzobispo de San Salvador, en lugar del sucesor lógico pero más peligroso que sería Mons. Arturo Rivera y Damas. Sin embargo, para gozo de los pobres y furor de los poderosos, para estupor del gobierno salvadoreño, desconcierto de la curia vaticana y conmoción del Departamento de Estado norteamericano, Mons. Romero se convirtió sencillamente en “Monseñor”. Fue sin duda una transformación, un cambio radical, una verdadera conversión cristiana que floreció en el despertar creciente del pueblo salvadoreño hacia la esperanza de un reino en la justicia y el amor.

La palabra de Monseñor no puede entenderse fuera de un contexto porque la palabra de Monseñor fue eminentemente una palabra histórica. Su universalidad, su capacidad de alcanzar corazones tan distintos y distantes la logró precisamente clavándose en la carne concreta de una situación y un tiempo, un aquí y un ahora que fueron los del pueblo salvadoreño en este final de la década de los setenta. La palabra de Monseñor fue

Francisco Javier Ibisate, S. J.  
Decano de la Facultad de Economía de la UCA

un diálogo crítico con su realidad, un diálogo destructor de muerte y generador de vida, un diálogo en el que Dios se hacía patente y concreto al pueblo salvadoreño. Un diálogo que quienes sólo saben monologar no pudieron soportar. Y por eso asesinaron a Monseñor.

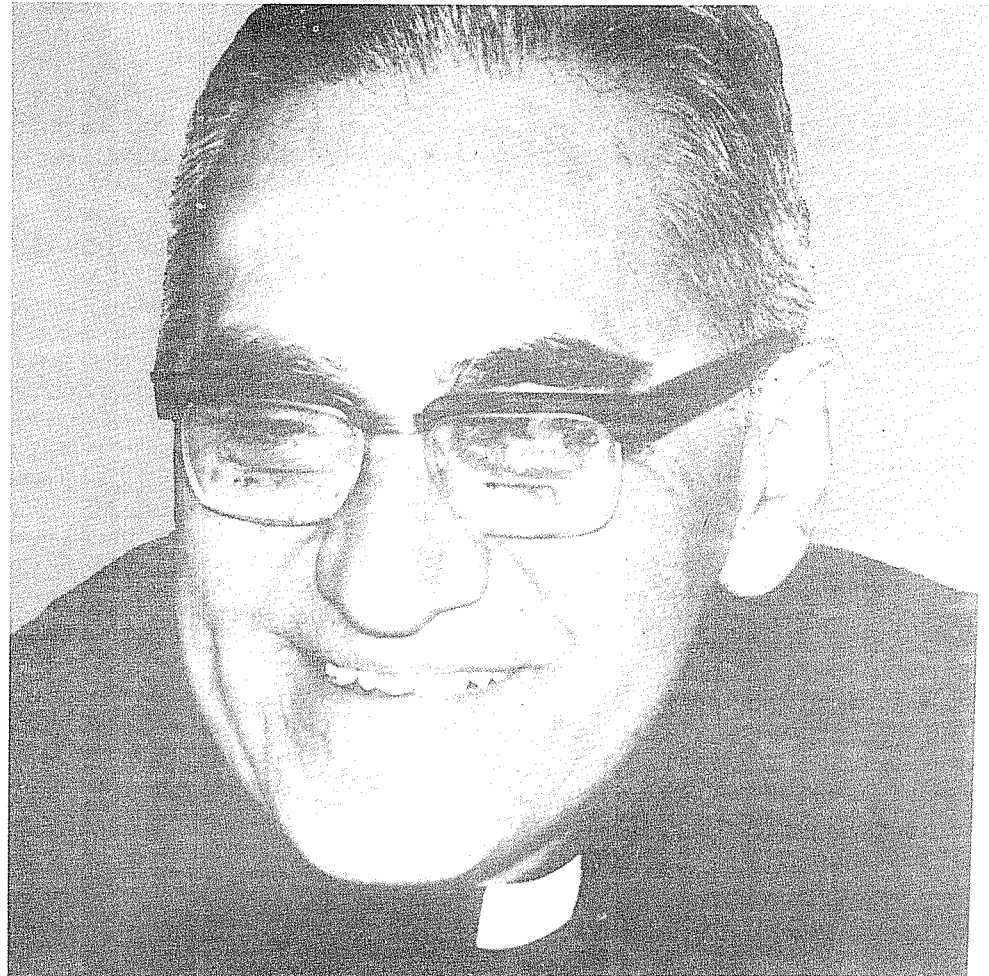
## I. Elección y conversión.

El 3 de febrero de 1977 Mons. Romero, entonces obispo titular de la diócesis de Santiago de María, fue elegido para sustituir como Arzobispo de San Salvador a Mons. Luis Chávez y González. Las circunstancias en que tuvo lugar la designación, tanto política como eclesiásticamente, eran sumamente tensas. El Salvador estaba viviendo la pesadilla de un intento frustrado de modificar levemente las tradicionales estructuras agrarias. El intento había abocado a una ola represiva encaminada a ahogar en sangre las expectativas generadas y a borrar la angustia de quienes, durante un breve tiempo, habían visto amenazada su posición de prepotencia ancestral.

En 1975 se creó el Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria y en junio de 1976 la Asamblea Legislativa aprobó el “Primer Proyecto de Transformación Agraria”, un tímido intento por modificar ciertas estructuras agrarias... El presidente Molina juró varias veces en público que no daría “ni un paso atrás”; sin embargo, apenas tres meses después, octubre de 1976, un nuevo decreto de la Asamblea Legislativa cancelaba prácticamente el proyecto. Pero no bastaba la retirada legal; era menester borrar el mal causado en el país, borrando radicalmente las expectativas e ilusiones despertadas en ciertos grupos campesinos. De ahí que a la cancelación del proyecto siguiera un período de violenta represión, especialmente en las zonas campesina. Y las Fuerzas Armadas, que habían comprometido públicamente su honor y su prestigio en implementar el proyecto de reforma, tuvieron que dedicarse a implementar un proyecto totalmente distinto.

La represión desatada por el gobierno de Molina, alentada por el capital financiero y agroexportador, dirigida especialmente contra obreros y campesinos, ofrecía una novedad histórica: por primera vez la represión incluía e incluso tomaba como objetivo muy

Pasa a la Pág. 160



1. “La Voz de los sin voz”. La Palabra viva de Monseñor Romero. Introducciones, comentarios y selección de textos de J. Sobrino, I. Martín-Baró y R. Cardenal. UCA/EDITORES. 1980. San Salvador, El Salvador.

primordial a la Iglesia Católica. Esta campaña persecutoria iba dirigida contra sacerdotes, congregaciones religiosas, instituciones u organismos vinculados con la Iglesia y ciertamente contra todos los seculares comprometidos en labores eclesiales, muy específicamente contra catequistas y predicadores de la palabra campesinos. En el momento en que Monseñor Romero es elegido Arzobispo varias editoriales o imprentas habían sido objeto de atentados con bombas; se intensificó la campaña de difamación en los medios de comunicación; seis clérigos habían sido expulsados del país... En este clima de represión generalizada la designación del nuevo Arzobispo tenía una tremenda significación eclesiástica y política. A nivel intraeclesial, el problema se cifraba en la fidelidad a la línea pastoral trazada por el Concilio Vaticano II y aplicada a América Latina por la Conferencia Episcopal de Medellín, línea que implicaba una comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios y, por consiguiente, una identificación con los sufrimientos y esperanzas de un pueblo, especialmente de los pobres y oprimidos. Eso hacía de la labor eclesial una labor eminentemente concientizadora, orientada hacia la formación de comunidades que empezaran a hacer realidad en la tierra la salvación anunciada por Jesús y a configurar una sociedad de hermanos e hijos de Dios, donde quedaran eliminadas la injusticia, la explotación y la opresión. Por lo mismo esto hacía de la Iglesia una instancia subversiva al interior de un orden social fundado precisamente en la injusticia, la explotación y la opresión de las mayorías por parte de unos pocos. Con estas premisas el nombramiento de Monseñor Romero como Arzobispo de San Salvador fue recibido como una "victoria conservadora"; él aparecía como el hombre ideal para devolver a la Iglesia a su redil, los curas a la sacristía, la doctrina católica al Vaticano primero... Por su lado, una parte del clero salvadoreño recibió el nombramiento de Monseñor Romero con gran desaliento y aprensión.

La toma de posesión como Arzobispo de San Salvador Monseñor Romero la realiza en una ceremonia sencilla y muy privada; y el gobierno no es invitado oficialmente a asistir a esta ceremonia, luego de unas elecciones tachadas de fraudulentas. En su primera reunión con el clero arquidiocesano Monseñor Romero empieza a ganarse los ánimos al presentarse con toda sencillez y solicitar el consejo y apoyo de todos; estas como todas sus palabras, fueron palabras de verdad: Monseñor Romero siempre estuvo abierto al consejo y a la colaboración, lo que le permitió aunar el sentir de la mayoría, discernir el Espíritu en la comunidad y unir al clero y laicado cristiano en una tarea común de salvación histórica.

Una semana después de su toma de posesión las fuerzas armadas ponen fin a sangre y fuego a una manifestación de protesta por

el fraude electoral; la matanza hace surgir una nueva organización popular: "Las Ligas Populares, 28 de febrero". Con ello se van a ir designando tres figuras de muy variada calidad: el General Romero, Ministro de Defensa y Seguridad de 1972 a 1976, y próximo Presidente de la nación; Monseñor Romero, Arzobispo de San Salvador; y las organizaciones populares, donde las Ligas Populares, 28 de febrero, venían a fortalecer la decisión del pueblo por defender sus intereses sin importar costos ni sacrificios.

Por estos días arrecia la persecución contra la Iglesia en la persona de varios sacerdotes y colaboradores laicos. El 12 de marzo el P. Rutilio Grande y dos acompañantes, un niño y un anciano, son asesinados cuando se dirigían a la celebración de la misa en el pueblito del Paisnal, donde el P. Grande representó un verdadero impacto en la conciencia nacional e internacional. Era el primero de la que luego sería una larga lista de sacerdotes asesinados, por los servidores de la oligarquía. Era algo más que la eliminación de un sacerdote: representaba el ataque, mediante la violencia asesina, a una línea pastoral, a la opción preferencial de la Iglesia Católica por los pobres, a la identificación de sacerdotes y religiosos con los sufrimientos y esperanzas del pueblo de Dios.

Para Monseñor Romero, el asesinato del P. Grande constituyó —como él mismo comentaría muchas veces— el punto crucial para su conversión: el camino de Aguilares sería su camino a Damasco. El P. Grande era para él un gran amigo personal, un fiel y cercano colaborador, un hombre cuya reciedumbre cristiana y claridad apostólica siempre había admirado. Con el P. Grande comienza su Vía-Crucis arzobispal: "a mí me toca ir recogiendo cadáveres", comentará después.

El camino a Damasco es para Monseñor Romero el camino de la sangre del pueblo, la sangre de sus sacerdotes, de sus catequistas, de sus fieles cristianos, de tantos hombres y mujeres que van a ser sacrificados a las exigencias de una seguridad nacional para los poderosos. Poco a poco Monseñor Romero comienza a cambiar; su voz se ve obligada a denunciar la injusticia pecaminosa que produce la muerte; y como Monseñor gustaba de repetir: no se puede negar que la Iglesia y los cristianos están pasando por un proceso de conversión, doloroso pero real". Este proceso es el que va a convertir a Monseñor Romero en sencillamente Monseñor.

## 2. Tres años de vida pública

### 2.1.—1977- La Iglesia perseguida.

Con la subida formal al poder del General Romero, el primero de julio, queda consagrado en el país un proyecto político puramente represivo, que pone al país en manos de los intereses financieros y agroexportadores. El slogan propagandístico del gobierno, "Bienestar para todos" representa una pobre fachada que a nadie engaña y que, por no convencer, no convence ni a los propios sec-

tores oligárquicos, cuyo dominio y beneficio trata de conservar y promover. Pese a que el café, principal pulmón de la economía, alcanza el mejor precio de su historia, el país no se beneficia en nada, sino que al contrario se da un proceso de descapitalización por huída del capital privado hacia ambientes políticos más tranquilos.

Fraude electoral, descenso económico y represión política van a caracterizar este año de 1977. Y la Iglesia católica es parte muy principal de este pueblo perseguido, el 11 de mayo aparece asesinado Mauricio Borgonovo, canciller del gobierno, a quien había secuestrado un grupo guerrillero. Como represalia inmediata, el mismo día una banda ultraderechista penetra en la casa del P. Alfonso Navarro, sacerdote secular, y lo asesina en frío. Junto a él cae también asesinado un niño vecino que le visitaba en ese momento. Más allá de lo repugnante del crimen en sí mismo, lo significativo es que la ultraderecha, amparada desde el gobierno y tomando como base de operaciones las instalaciones e incluso el personal de los cuerpos de seguridad, identifica a miembros de la Iglesia como principales enemigos políticos. Así los operativos y cateos que se empiezan a suceder sistemáticamente en el interior del país buscan de manera primordial a quienes se hallan vinculados con actividades eclesiales.

Frente a este progresivo endurecimiento en la persecución contra el pueblo y la comunidad cristiana, Monseñor comienza a agigantarse como aglutinador eclesial. Su voz cada vez más clara en la denuncia desde la cátedra de la catedral resulta insoportable para la clase dominante. Empieza así una campaña difamante contra Monseñor, que le acompañaría durante sus tres años de apostolado arzobispal campaña orquestada desde dependencias gubernamentales y apoyada económicamente por la oligarquía. Junto a la difamación, los atentados cada vez más frecuentes contra la emisora y la imprenta del Arzobispado que difundían y ampliaban la palabra de Monseñor.

El primero de julio de 1977 sube al poder el General Romero. Se sabe que prometió formalmente a la oligarquía terminar con los elementos molestos de la Iglesia, especialmente con los jesuitas. Estos habían sido conminados en junio por un grupo ultraderechista a que abandonar el país o se atuvieran a un exterminio sistemático, pero habían hecho caso omiso de la amenaza. En su discurso inaugural el General Romero se muestra preocupado por la "imagen del país" en el extranjero, al mismo tiempo que reafirma su voluntad de establecer "la paz, el orden y la seguridad" como base para cualquier tipo de reforma.

Rompiendo con una tradición de muchos años y resistiendo a fuertísimas presiones, Monseñor, figura central de la Iglesia salvadoreña, no asiste al acto de toma de posesión del General Romero. Mantiene así su decisión, hecha pública con ocasión del asesinato del P. Grande, de "no participar en

actos oficiales mientras no se aclare esta situación". Su ausencia es la presencia más notoria en las ceremonias protocolarias, y en su próxima homilía explica el sentido de su ausencia; señala que está abierto al diálogo, pero exige condiciones previas para ello, principalmente mostrar con hechos y no con simples palabras apertura y sinceridad.

Frente al discurso inaugural del General Romero, Monseñor ofrece a la comunidad cristiana y al país entero su segunda carta pastoral, en la que trata de la realidad y vida de la Iglesia como pueblo de Dios. Esta carta representa una profunda reflexión teológica de lo que de hecho está viviendo el país: el despertar del pueblo como comunidad de fé, y por tanto como comunidad de vida llamada a asumir su propia historia en un proceso de salvación que debe comenzar con su propia liberación. Como nunca en su historia el pueblo de la arquidiócesis e incluso el pueblo entero de El Salvador empieza a formar una densa red alrededor de Monseñor, que se convierte en su líder y portavoz indiscutible. El 25 de noviembre el proyecto represivo se traduce en la "Ley de defensa y garantía del orden público", verdadera aberración jurídica que faculta al gobierno para eliminar legalmente cualquier voz, persona o grupo que le resulte incómodo. Monseñor no sólo combatirá de palabra esta ley y los continuos abusos amparados por ella, sino que comenzaría a tomar medidas prácticas para proteger física, moral y legalmente a quienes en número creciente huían de la represión. Desde este momento el Arzobispado se constituiría en el centro a donde acudirían como última tabla de salvación aquellos a quienes la opresión y la represión negaban hasta el más elemental de los derechos humanos. En este pueblo adolorido encontraría Monseñor el rostro vivo de Jesús de nuevo crucificado, y de él recibiría el aliento para erigirse como defensor insobornable de una justicia que los poderosos se encargaban diariamente de pisotear.

## 2.2.- 1978- La organización del pueblo

El año 1978 se inicia con la misma tónica de la ineficiencia política, deterioro económico y represión sistematizada en lugar de un plan de beneficio social. Un botón de muestra es lo ocurrido el 17 de marzo. Ese día una delegación de unos cien campesinos se dirigió al Banco de Fomento Agropecuario para dialogar sobre sus necesidades. Al llegar al banco lo encuentran cerrado y custodiado por las fuerzas de seguridad. Los campesinos se retiran en manifestación pacífica, pero son posteriormente ametrallados por los cuerpos oficiales, con un saldo de varios muertos y heridos.

El hecho es doblemente significativo, ya que el objetivo principal del gobierno y de la clase dominante empieza a centrarse en el campo y más especialmente en aquellas zonas donde las organizaciones campesinas em-

piezan a surgir con una pujanza incontenible. Gigantescos operativos son montados contra diversas poblaciones campesinas... Al final de 1978 se habían podido verificar 1063 capturados, 147 asesinados y otros 21 desaparecidos, todos ellos por razones políticas. Entre ellos el P. Ernesto Barrera.

A la represión se une la incapacidad del gobierno para incentivar la economía nacional, y los sectores oligárquicos demuestran su patriotismo colocando en el extranjero buena parte de su ingreso de exportación del café,preciado como nunca ese año. Este deterioro institucional sólo sirve para propiciar y acelerar el crecimiento de las organizaciones populares, que empiezan a perfilarse como la verdadera alternativa política para el futuro del país.

En este contexto sociopolítico, dos hechos pueden caracterizar de alguna manera la actividad y la palabra de Monseñor: su denuncia pública del sistema judicial salvadoreño y su tercera carta pastoral, en la que examina desde la perspectiva cristiana el fenómeno de las organizaciones populares.

En su homilía del 30 de abril, Monseñor alabó públicamente a un grupo de abogados que luchaba por conseguir una amnistía y que se esforzaba por hacer cumplir la ley y la justicia frente a cuerpos de seguridad corruptos, jueces venales y la misma Corte Suprema de Justicia, indiferente y ciega a los continuos abusos y desmanes del sistema judicial. Esta acusación desencadenó la respuesta de la Corte Suprema de Justicia que retó públicamente a Monseñor a expresar los nombres de los "jueces venales" a que se había referido en su homilía. Monseñor no cayó en la trampa y en su próxima homilía respondió señalando no sólo los continuos casos de venalidad y corrupción, sino que "los derechos fundamentales del hombre salvadoreño son pisoteados día a día, sin que ninguna institución denuncie los atropellos y proceda sincera y efectivamente a un saneamiento en los procedimientos". Señalar los múltiples atropellos legales, no era tarea de Monseñor sino de la propia Corte Suprema de Justicia el señalar quiénes eran los jueces venales...

El 6 de agosto, fiesta nacional en El Salvador, Monseñor Romero y Monseñor Rivera y Damas, Obispo de Santiago de María, publican una carta pastoral acerca de la Iglesia y las organizaciones políticas populares. La carta representaba una vez más la respuesta pastoral de Monseñor a los problemas e inquietudes históricas del pueblo salvadoreño, centrada en ese momento en el fenómeno de las organizaciones populares. En esa carta se analizan las relaciones entre la Iglesia y las organizaciones populares. La Iglesia no se identifica con esas organizaciones, pues sus objetivos formales y sus medios de acción son en buena parte diferentes; sin embargo la Iglesia defiende la necesidad de las organizaciones populares como un canal necesario en la historia de El Salvador para la construcción del Reino de Dios predicado por los cristianos.

Esta reflexión pastoral de Monseñor Romero y Monseñor Rivera y Damas resulta

tanto más iluminadora cuanto, unos días después, aparece una declaración de los otros cuatro obispos salvadoreños, condenando global y simplistamente a las mismas organizaciones populares, cuya realidad y significación histórica se desconocen, y cuyo sentido teológico se desfigura so capa de slongans doctrinarios, más fundados en la ideología del poder social, que en una búsqueda cristiana de la fe, el amor y la justicia en la comunidad salvadoreña. La revista ECA (División, 1978, pág. 688) comentó:..." Mientras los obispos de la Declaración no acaban de ver lo que es y exige una Iglesia de los pobres, los Obispos de la Carta Pastoral se esfuerzan por ir haciendo una Iglesia de todos desde la primacía que en la Iglesia se debe a los pobres".

El 14 de febrero la Universidad de Georgetown otorgaba a Monseñor un Doctorado "Honoris causa" por su defensa inquebrantable de los derechos humanos. Hacia fines de 1978, diversos grupos desde varias partes del mundo, entre ellos 118 parlamentarios ingleses, postulaban a Monseñor como candidato al premio Nobel de la Paz. Ambos hechos enmarcan simbólicamente la resonancia que la palabra de Monseñor y su lucha por la justicia han alcanzado en el mundo entero. Lo interesante es que la prensa salvadoreña, en vez de enorgullecerse por estas distinciones, únicas en la historia de El Salvador, las interpretan como parte de un esquema conspiratorio "jesuítico-comunista" contra el prestigio de El Salvador. Con ello dan la verdadera dimensión del abismo que la sinceridad cristiana de Monseñor ha abierto entre él y los poderes económicos y políticos establecidos en El Salvador.

## 2.3. Exterminio del pueblo por seguridad nacional.

1979 tiene dos partes claramente distintas: antes y después del 15 de octubre. Hasta el 15 de octubre el país se caracteriza por la agudización del proceso represivo y el entronamiento absoluto de la "Seguridad Nacional", como única política del gobierno, entendiéndose por ello la eliminación sistemática de cualquier grupo o persona que indirectamente represente una oposición a los poderes constituidos. Hasta octubre el número de capturados por motivos políticos se eleva a 460 personas, mientras que el número de asesinados en ese mismo período es de 580 personas.

El primer "bautizo de sangre" significativo en 1979 tiene lugar el 20 de enero. Un nutrido contingente de fuerzas de seguridad realiza un operativo militar contra "El Despertar", una casa de ejercicios espirituales en las afueras de San Salvador. El operativo culmina con el vergonzante asesinato del sacerdote Octavio Cruz (cuya cabeza es destrozada por una tanqueta) y de cuatro jóvenes menores de edad, y el aprisionamiento de treinta jóvenes. El comunicado militar es tan calumnioso y absurdo, que fue inmediatamente popular y eclesial llega a tal punto,

Pasa a la Pág. 170

que el día 30 de enero una nutridísima procesión de sacerdotes, religiosos y religiosas desfila procesionalmente en silencio por las calles de San Salvador, portando un inmenso cartel que dice: "¡Basta ya!". El pueblo capitalino asiste sobrecogido a esta manifestación que patentiza la repulsa y condena a la política de la seguridad nacional.

Sin embargo otros dos sacerdotes serían asesinados a lo largo del año: el P. Rafael Palacios el 20 de junio y el P. Alirio Napoleón Macías el 4 de agosto. El clero católico seguía pagando su cuota personal de sangre junto al pueblo salvadoreño, cuya causa había asumido bajo el liderazgo de Monseñor.

La imagen del gobierno de Romero sigue cayendo internacionalmente y son tantos los grupos de todo tipo que condenan el irrespeto a los derechos humanos que la Asamblea Legislativa se ve forzada a derogar la "Ley de Defensa y Garantía del Orden Público". Esta acción abre un brevísimo intervalo de esperanza, pronto desmentido por la marcha de los sucesos.

1979 representa la agudización a niveles casi insoportables de la crisis económica, política e institucional que aqueja al país. Se multiplican las huelgas y crece la fuerza de las demandas en todos los sectores obreros. También aumentan las acciones represivas, que no logran empero dar garantías a las clases dominantes. Los bancos entran en un proceso de mal disimulada quiebra; numerosas empresas comienzan a cerrar las puertas, al igual que algunas embajadas. El país se vacía de extranjeros y un caso típico es la colonia japonesa. Las personas ricas que no pueden salir a Miami transforman sus casas en verdaderas fortalezas y organizan auténticos ejércitos privados para su defensa personal. . . En resumen, El Salvador se desliza aceleradamente por la cuesta de la desintegración social y poco a poco el tema de la "guerra civil" empieza a hacerse más frecuente.

El 8 de mayo fuerzas militares ametrallan en la puerta de Catedral a una ingente manifestación popular, con un saldo de por lo menos 25 muertos y muchos más heridos. El macabro espectáculo es filmado por varias cadenas de televisión extranjera y el mundo puede contemplar este acto de barbarie. El 22 de mayo se repite el espectáculo cuando fuerzas de seguridad ametrallan a un grupo de jóvenes estudiantes frente a la Embajada de Venezuela, con un saldo de 14 muertos y muchos más heridos.

Frente a esta desintegración y descomposición del orden social, Monseñor levanta su voz profética, no sólo denunciando las injusticias y atropellos, sino también señalando el camino hacia la conversión, el cambio y la reorganización del país. En su cuarta Carta Pastoral, al mismo tiempo que analiza el fracaso absoluto de la política de la seguridad nacional, enfrenta el difícil problema de la violencia, sin incurrir en la simple condena

de la violencia "venga de donde venga" sin antes analizar su carácter específico, sus formas históricas concretas, sus raíces y sus consecuencias; pues hay situaciones, como el de la legítima defensa, en que el uso de la violencia es no sólo necesario sino hasta justo.

El triunfo sandinista en Nicaragua sobre la dictadura somocista representa un tremendo desmentís a la creencia de que el pueblo no es capaz de derrota al poder establecido. Así el 15 de octubre el gobierno del general Romero es derrocado por un golpe militar incruento comandado por un grupo numeroso de militares jóvenes de orientación más reformista y democrática y que cuenta con el apoyo de los Estados Unidos. Los militares jóvenes pretenden romper con el pasado de corrupción y servilismo al capital e iniciar una nueva época de reformas políticas y económicas.

En un primer momento los militares jóvenes establecen un gobierno apoyado por sectores políticos sinceramente reformistas, honestos y bien capacitados, incluso abiertos a los movimientos populares. Pero al mismo tiempo calcularon mal sus propias fuerzas y permitieron que furzas adversas se enquistaran en el proceso, dificultando los primigenios objetivos. . . De hecho, desde el golpe del 15 de octubre los hechos represivos dieron un nuevo salto cualitativo, incrementándose los asesinatos masivos. La creciente agresividad de las organizaciones populares se patentiza en continuas manifestaciones, ocupaciones de edificios, fábricas o tierras, y da la oportunidad para que los cuerpos de seguridad actúen con la mayor violencia, que constituye un continuo motivo de malestar y embarazo para los gobernantes más sinceros. También las derechas empiezan a realizar manifestaciones públicas en contra del gobierno. La ebullición del clima político y la radicalización de los diversos grupos y clases sociales es tal que el gobierno muestra su incapacidad de mediación o de implementar cualquier tipo de política consecuente.

Ante estos acontecimientos políticos Monseñor mantuvo una postura de expectativa crítica y de exigencia insobornable. En un primer momento solicitó a las diversas fuerzas sociales una especie de tregua, a fin de que el nuevo gobierno pudiera mostrar con hechos la verdad de sus intenciones. En este sentido Monseñor fue claro en exigir justicia para unos y para otros. Como el gobierno, a pesar de sus buenas palabras, se manifestaba incapaz en la práctica de cumplir con estas demandas fundamentales y, por el contrario, la represión volvía a ser la tónica dominante, Monseñor empezó a volverse más y más crítico de los nuevos gobernantes.

### 3. El holocausto.

1980 se abre en El Salvador con una gravísima crisis gubernamental. En el espacio de una semana presentan su renuncia irrevocable la gran mayoría de ministros y altos funcionarios, así como los miembros civiles



de la Junta de Gobierno. Fundamentalmente basan su renuncia en la imposibilidad objetiva de adelantar los cambios necesarios, propuestos por la misma proclama de la juventud militar, y la imposibilidad de controlar las acciones represivas de los cuerpos de seguridad, que realmente siguen una línea de mando paralela e independiente a la del Gobierno.

La crisis gubernamental sirve para resaltar la progresiva unidad de las fuerzas populares revolucionarias. El 22 de enero se pone de manifiesto la unidad popular de la Coordinadora Revolucionaria de Masas y de los grupos político-militares en una multitudinaria manifestación, que algunos observadores calculan en unas 200.000 personas. Una campaña publicitaria trató de amedrentar a tal manifestación, y desgraciadamente las amenazas se hicieron realidad, cuando desde varios edificios se abrió fuego sobre los manifestantes, con un saldo de por lo menos cuarenta muertos y varios cientos de heridos. La secuencia mortal se incrementa y los números comprobados hablan por sí solos: 265 asesinados por los cuerpos de seguridad en enero, 236 en febrero, 514 en marzo.

La incorporación de la Democracia Cristiana a una Segunda Junta de Gobierno y el inicio de algunas reformas prometidas (concretamente la Reforma Agraria y la Nacionalización de la Banca) no consiguen paliar el

aislamiento casi total del grupo en el poder, así como lo absurdo de una política que apenas puede avanzarse más que acosta de un auténtico torrente de sangre. . .

Esta situación de caos y descomposición nacional encuentra su reflejo crítico en la actuación y homilías de Monseñor. Monseñor aprueba la renuncia de los miembros civiles de la primera Junta y gabinete como una forma de clarificación política. Monseñor no va a rechazar las reformas propuestas por la segunda Junta de Gobierno, pero criticará acérbicamente su desnaturalización radical: mal se puede hacer reformas para el pueblo en contra del mismo pueblo y sus organizaciones, más aún persiguiéndolas sangrientamente. Monseñor piensa que el criterio de verdad de las reformas hay que buscarlo en la apertura y sinceridad para con el pueblo. Y es ahí donde la nueva Junta no es capaz de pasar la prueba. Por ello Monseñor irá subiendo el nivel de sus críticas a las reformas propuestas, cuyos únicos resultados evidentes son la ocupación militar del país y el continuo asesinato de campesinos y obreros, maestros y sindicalistas, estudiantes y hasta profesionales.

Junto a su progresiva desilusión con los nuevos gobernantes, contempla esperanzado la progresiva unidad de los grupos populares, la aparición del Movimiento Independiente de Profesionales y Técnicos y contempla ilusionado la presentación de la Plataforma Programática del Gobierno Democrático Revolucionario, aunque mantiene su postura crítica ante acciones específicas y planes concretos de gobierno. Por otro lado las dimensiones de la represión constituyen un verdadero sufrimiento para Monseñor. Diariamente Monseñor recibe a decenas de acosados y atropellados que buscan protección o un

consuelo humano o espiritual. Monseñor a todos recibe y a todos atiende. Pero su voz profética se vuelve más y más colérica a medida que es alimentada por un mayor torrente de dolor y de sangre popular. La famosa carta al presidente Carter, pidiéndole en nombre de los derechos del pueblo salvadoreño que no envíe armas letales ni apoyo de ningún tipo a la tarea represiva de las fuerzas armadas es un símbolo de la postura valiente de Monseñor.

La oposición de Monseñor a la violencia represiva alcanza su climax en su homilía dominical del 23 de marzo, cuando, con palabras firmes apela a soldados y guardias para que, obedientes a la Ley de Dios desobedezcan la voz de sus amos y jefes que les ordena matar a su hermano. "En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión! Este llamado de Monseñor constituyó, a lo que parece, la gota que colmó la ira de sus enemigos. El 24 de marzo, Monseñor Romero caía asesinado cuando se disponía a iniciar el ofertorio eucarístico y tras haber predicado que la vida ofrecida por los demás es prenda segura de resurrección y de victoria.

Su martirio no hizo más que confirmar la verdad de su vida y de su causa. Previó el martirio desde su fé en Dios y como su último servicio a la Iglesia y al país. En una entrevista con el Excelsior de México, dos semanas antes de su muerte, así lo dijo:

"He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección; si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como pastor, estoy obliga-

do, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinar me. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador. El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad. Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, —si llegan a matarme—, que perdono y bendigo a quienes lo hagan. Ojalá, si se convencieran que perderán su tiempo: un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás".

Monseñor ha muerto. Sin embargo, el pueblo salvadoreño, la comunidad cristiana, los hombres que aman la vida en el mundo entero saben que Monseñor sigue vivo: su palabra de verdad late en todos aquéllos que siguen luchando por la justicia entre los hombres, aquéllos que combaten por hermanar a todos los seres humanos ante el Padre común; aquellos que dan su vida por realizar ya en la tierra el reino de justicia, amor y paz anunciado por Jesús de Nazareth. Muchas fuerzas se opusieron a Monseñor en vida, y muchas de ellas lo celebran hoy muerto, distorsionando su mensaje, manipulando su obra, prostituyendo su palabra. Y son muchos los que desean que Monseñor sea verdaderamente enterrado. Y se han utilizado todos los medios con tal de sepultar para siempre aquello por lo que Monseñor siempre luchó: la semilla de liberación popular, único camino hacia el Dios de Jesús. Sirva este libro (cuya introducción hemos extractado en forma muy sumaria) para ayudar a mantener viva la palabra de Monseñor e impedir en lo posible que los enemigos del pueblo logren su entierro definitivo.

